

LA ANGUSTIA

por el Académico DR. OSVALDO LOUDET

Primus in orbe Deos facit timor.
(ESTACIO)

El tema de la angustia tiene un valor psicológico y otro moral. ¿Por qué la pobre criatura humana experimenta, desde los primeros días, el temor, el miedo, la angustia? ¿Por qué en el silencio de la noche, le asalta muchas veces, una inquietud indefinida, la desesperanza sin motivo, la duda sobre el más allá?

Veamos, en primer término, el origen etimológico de la palabra. La etimología encierra, en gran parte, su definición. "Angustia" viene de "anxius", idea de contricción, estrechez, ahogo. Dos orígenes puede tener la angustia: el orgánico y el psicológico. Naturalmente que, en muchos casos, se unen, se mezclan, se superponen.

La angustia más profunda, de valor metafísico, es la "angustia originaria", la angustia de "estar en el mundo". Esta angustia puede llamarse igualmente "existencial". ¿De dónde venimos, adónde vamos? ¿Es transitorio nuestro viaje por la tierra? ¿Cuál es la causa de esta desazón, de esta duda, de este misterio? ¿Estamos en el mundo con la ansiedad de un desterrado o la opresión de un prisionero?

Antes de entrar en el análisis de la angustia "originaria" observemos la angustia común, sin ninguna trascendencia. ¿Es una emoción o es un sentimiento? En el mapa de la vida afectiva encontramos territorios más o menos fijos y otros movedizos; unos accidentales y otros permanentes. La angustia es un estado más o menos permanente, a veces de largo durar. Algunas veces está despierto y otras se adormece. En muchos casos permanece en silencio y en otras se queja y llora. Hay angustias anestesiadas por la propia vida y, sin embargo, están alertas y siempre

abiertas. Es el caso de la angustia "originaria". En toda angustia hay un presentimiento; hay más que una espera dolorosa o placentera; hay una "posibilidad", jamás una certidumbre; la posibilidad siempre es oscura y nunca luminosa. En el caso de la angustia, éste es un río sentimental que corre toda la vida y según las circunstancias aparecen episodios de ascensos y descensos de menor o mayor altura. Estos saltos son las emociones que hacen crisis de improviso. En el curso de los sentimientos y de las pasiones estos episodios rompen la monotonía de la corriente y la hacen más variada, diversa, sorpresiva y desesperante.

La angustia nos acongoja, y nos paraliza. Siendo habitualmente circunstancial y pasajera, puede prolongarse, anclada en un corazón sensible y predispuesto. La angustia tiene los caracteres del "suspense". Es una espera dolorosa, un presagio oscilante, la anticipación de una desventura. La angustia nos oprime, nos presiona, nos ahoga, nos asfixia. Veamos los síntomas de la "angustia vital" que tiene como base una enfermedad real y no imaginaria. En las enfermedades agudas las crisis son inmediatas; en las crónicas se mantienen "escondidas". Los elementos psicológicos de la angustia total han sido descriptos por Hartemberg y Paul Janet. Los podríamos sintetizar en la siguiente forma: a) pesimismo irreductible ante la evolución aun favorable de los hechos; b) dolor moral retrospectivo con ideas de autoculpabilidad; c) espera de un peligro e inquietud concomitante; d) anuncio de una catástrofe final; e) desorganización y disolución de la personalidad. Como se ve, hay mucho de la melancolía ansiosa con sus altas y bajas.

El actor vive una pesadilla obsesiva. Por lo general la angustia comienza por una emoción de asedio, luego de miedo y termina por la desesperación. Todo lo malo es posible; todo lo bueno es imposible. El ansioso poseído de su "vértigo" pierde sus facultades de análisis y de control. No hay dialéctica que lo convenza de su error. Vive de su "novela", y en su "novela". En la angustia existe la posibilidad de la desgracia, el presentimiento de la caída, la desesperanza para el retorno.

LA IRRUPCIÓN DE LO TRASCENDENTE

Lo que engendra la angustia metafísica es la irrupción de lo trascendente. Lo que nos intimida y nos inquieta es

el encuentro con el misterio. Así como el misterio nos paraliza, puede abrirnos mediante la angustia, las puertas para comprender mejor, para amar mejor, para soñar mejor. Nos reconciliamos, entonces, con el pasado, el presente y el porvenir.

La angustia suprema del hombre nace de su existencia en un mundo transitorio. Transitorio para él y para el mismo mundo. Si Dios ha creado el número y el orden, ¿qué lugar ocupa el hombre en ese número y en ese orden? ¿Por qué sufrimos, soñamos, amamos? ¿Por qué esta ansiedad, esta esperanza, esta angustia? La angustia espera al hombre antes que él aparezca. ¿Es una angustia para purificarlo? ¿Una angustia puramente biológica? ¿Una lucha para sobrevivir a todas las peripecias? El encuentro con lo trascendente es el drama del hombre. La angustia "originaria", la angustia que viene con él, ¿es una prueba, un juego o una terrible adivinanza?

La angustia existencial que acompaña al hombre durante toda la vida es indudablemente una prueba. Se paga con el dolor, la desesperanza y la angustia. Es evidente que la vida sin angustias nos produce un "aburrimiento mortal". Respecto a la intensidad de la angustia, los autores han distinguido tres grados que se mezclan inevitablemente: la angustia propiamente dicha, el miedo y el terror. Pero los acentos no son iguales. De ahí las expresiones: "me ahogo de angustia", "me muero de miedo", "me aniquila el terror". Algunos psicólogos separan, con razón, la angustia del miedo. El miedo tiene más contenido intelectual que la angustia. El miedo es más concreto; la angustia más indefinida y nebulosa.

Sin angustia no hay alumbramiento. Las cicatrices que dejan los sufrimientos son la prueba de todo lo que hemos sufrido. Es un orgullo tener muchas cicatrices y haber sobrevivido. Al final de la existencia, según el dicho feliz de un escritor, somos "un vaso roto". Es una expresión exacta, simbólica y conmovedora. Después de largo peregrinar llegamos a las puertas del templo, como un vaso roto, quebrado en varias partes, por los golpes de la propia vida. El agua pura que contenía se ha evaporado desde los bordes hasta su propio fondo. Pensamos si el vaso roto pudo ser soldado con muchas lágrimas, con muchas angustias, con muchos sufrimientos. Generalmente se llega tarde, aunque puede salvarse.

Para ciertas angustias no hay lágrimas suficientes. Abandonamos el "vaso roto" en las puertas del templo y colocamos a su lado las sandalias deshilachadas y rotas. ¿Serán recibidas? No pueden entrar en el templo porque están llenas de polvo, de polvo humano, recogido inadvertidamente en el largo trajinar. ¿Quién se salva de las piedras, las lagunas y las salpicaduras del barro? Debemos recorrer una vía tortuosa y empinada, con sus días de lluvia y de sol. La tarea de subir ha sido ardua, pero hemos cumplido con nuestro deber. Si no llegamos, el culpable es el Tiempo, que se olvida de la mísera criatura humana y la abandona al borde del camino. Lo triste es morir antes de llegar.

El hombre, quiera o no quiera, no puede escapar a "lo trascendente". Después de someter las fuerzas naturales no quiere rendirse a las sobrenaturales. He ahí su angustia ante lo inexplicable. Así como se vence el miedo, hay que vencer la angustia. El miedo es físico; la angustia es metafísica. El temor se vence con el amor. Lo vence el amor humano o lo vence el amor divino.

LA ANGUSTIA ANTE LA VIDA Y LA MUERTE

Antes de entrar en la "angustia de vivir", permítidme que diga algunas palabras sobre "la voluntad de vivir". La voluntad de vivir está unida al instinto de conservación. Pero por encima del instinto, está el sentimiento, el deseo de vivir con todas sus peripecias. La voluntad de vivir está implantada en el corazón del hombre, no por egoísmo sino para satisfacer las ambiciones legítimas y los goces merecidos. Por otra parte, deseamos vivir para que nuestra vida sirva a los seres que más amamos y constituye en realidad la prolongación de nuestra vida. Hay un heroísmo de vivir cuando se vive para los demás, con absoluto olvido de nosotros mismos. Entonces, multiplicamos nuestras vidas para prestar apoyo y ventura a los demás. No queremos la vida para nosotros, sino para los seres que sufren y mueren en la soledad. Vivir en soledad es vivir sin oxígeno, en el vacío y en la oscuridad. Los que han sufrido mucho, los que han llorado innumerables veces, saben que la vida no es un manjar exquisito sino una manzana agridulce que estamos obligados a masticar y digerir. Existen sujetos que viven en continua zozobra y rechazan

los auxilios para su salvación. Son los hipocondríacos, que parecen haber sustituido el corazón por el hígado y la sangre por la bilis. Estos sujetos amargados, amargan la existencia de todo el mundo. Existen otros tipos de pesimistas que padecen, según ellos, de un "aburrimiento mortal". Son ociosos, inertes, parásitos de la sociedad. Sin embargo, existen en el fondo del espíritu fuerzas ignoradas que salvan al sujeto cansado de vivir. Recuerdo un libro del profesor Austregésilo, Miembro de las Academias de Medicina y de Letras de Río de Janeiro, titulado *Las fuerzas curativas del espíritu*. El eminente psiquiatra brasileño descubre sutilmente esas fuerzas curativas que se alimentan de la esperanza y de la fe. Entre nosotros, recuerdo un caso verdaderamente milagroso. Pertenece a Sarmiento. Este paranoico genial, nacido para gobernar el mundo, pretendía, en primer término, ser dueño absoluto de la vida y de la muerte de los hombres y de las ideas. Le comunicaron, estando en el extranjero, que su madre estaba gravemente enferma y no la volvería a ver. Le mandó de inmediato un mensaje: "Madre, no te mueras hasta que esté a tu lado". Ante aquel mensaje, la Muerte se detuvo, tuvo miedo, y doña Paula esperó a su criatura, recordando que ella a los 75 años había cruzado los Andes para despedirse de su hijo gravemente enfermo.

La angustia de la vida desaparece a medida que se estrecha el círculo de la vida. La vida va perdiendo interés y no caben dentro de ella nuevas esperanzas y nuevas ilusiones. ¿Para qué vivir físicamente si el espíritu se encuentra agónico? El hombre va perdiendo el amor a la vida. La muerte es una liberación, no una condena. El médico inglés Osler relata que de quinientos agonizantes sólo cuarenta parecen sufrir. Experimentan el "aniquilamiento" sin ninguna angustia. El aniquilamiento apaga la sensibilidad y nubla la inteligencia. He observado en una sala de enfermas de cuarenta camas, condenadas a muerte por la naturaleza de sus enfermedades, que todas morían tranquilas, dulcemente, sin apercibirse de sufrir. El último sueño era una prolongación inconsciente de todos los sueños que habían vivido en su breve o prolongada vida. No existe, sino excepcionalmente, la angustia de la muerte. Se espera, en cambio, la paz y el final de la lucha.

En las agonías, aun lúcidas, no hay angustia. Hay paz y hay sueño. El doctor Braun, citado por Jores, ha opinado en una monografía titulada *El corazón y la angustia*,

que la angustia es una sensación específica del corazón y puede acompañar a la muerte. Esto es incierto y ha sido rebatido por el doctor Petersen. Lo único que puede suceder es que hay dos órganos —el corazón y los pulmones— que están más cerca del cerebro y le hablan intermitentemente. La insuficiencia del miocardio y la respiratoria se pueden percibir con mayor nitidez que la de los órganos alejados como el bazo, el hígado o el páncreas, más silenciosos o mudos. Sólo en algunos cardíacos se explica la angustia ante la muerte. En síntesis, la mayoría de los hombres mueren sin angustia. Únicamente los emotivos ansiosos pueden padecerla con resignación y consuelo.

LA CONSTITUCIÓN ANSIOSA

Existe una constitución psicológica —que no es enfermedad— que describió Dupré en 1910, en la Sociedad Médico Psicológica de París. Me refiero a la constitución emotiva. Hagamos su biografía, de acuerdo con los elementos que la integran. En esta personalidad domina la emotividad en la vida psicológica. Las reacciones emocionales estallan por los motivos más insignificantes. Se está siempre al borde del llanto, con lágrimas o sin ellas. Esta constitución predomina en el sexo femenino y es más visible en ciertos períodos de su vida. En estas sensitivas todo tiembla: tiemblan los párpados, tiemblan las manos, tiemblan los labios, es decir, viven temblando. Nos recuerdan las plantas de la familia de las sensitivas que pliegan sus hojas al menor cambio de la temperatura o a la menor brisa que apenas sopla. Claro está que existe una emotividad normal y una emotividad patológica. La primera se mantiene dentro de los límites de una conducta social normal. Los emotivos no son hombres de acción, son hombres de pensamientos y de ensueños. Si no existieran emotivos o imaginativos no existirían poetas ni músicos, pintores ni escultores. En sus obras exteriorizan su sensibilidad más que su inteligencia. Su riqueza espiritual está en sus sentimientos, no en sus ideas ni en sus pensamientos. En los emotivos el dolor moral es la fuente de sus obras artísticas. Recordemos el verso de Musset:

“Les chants désespérés sont les chants le plus beaux.”

Indudablemente que la constitución emotiva es un terreno propicio para la germinación de la angustia. Existe en esta constitución un eretismo de la sensibilidad y una

inhibición motriz y voluntaria. No representa, repetimos, una patología de la emoción; es simplemente la exageración de una emotividad más o menos normal.

Observamos, en general, dos tipos de individuos durante su actuación en la vida social: los "apáticos" y los "hipersensibles". Agreguemos que los perfectamente normales son generalmente mediocres.

Cuáles son los elementos que integran la constitución emotiva, según Dupré: 1º) Exageración, en su instantaneidad y su amplitud de todos los reflejos tendinosos, cutáneos y pupilares; 2º) Hiperestesia sensitiva y sensorial; 3º) Desequilibrio de las reacciones vasomotrices y secretorias; 4º) Tendencia a los espasmos de los músculos lisos (disfagia, exofagia, bola histérica); 5º) Temblor de los músculos estriados (irregularidades en el corazón y en la respiración).

Es difícil trazar límites entre la ansiedad y la angustia porque la primera es una simple modalidad de la segunda. En la angustia hay más dolor moral; en la ansiedad hay más esperanza; en la primera hay más desconsuelo, en la segunda más optimismo. En ambas se oscila entre la esperanza y el consuelo y la desilusión y la desesperación. Un caso típico de constitución ansiosa fue la de Pascal. Primero, sintió el dolor moral de la incredulidad: después, el tormento de la duda; por último, la cobardía de la irresolución. Era la angustia de un genio para descubrir a Dios. Esa misma angustia la padecieron algunos hombres de ciencia en la búsqueda de la verdad.

LA ANGUSTIA PATOLÓGICA

Hemos visto en forma rápida la angustia y la ansiedad normales, pero debemos recordar la angustia y la ansiedad patológica, que se producen en las enfermedades mentales. El gran psicólogo Ribot, antes de estudiar la angustia normal, la estudió en las enfermedades mentales. Se ocupó de ella en la atención, la memoria, la voluntad, la asociación de las ideas, la personalidad total. La enfermedad suele agrandar o disminuir el tamaño de muchos fenómenos psicológicos y eso facilita verlos en distintas dimensiones. Muchas veces un síntoma sirve de guía para descubrir una enfermedad, pero los síntomas aislados son insuficientes. Es necesario relacionarlos, corresponderlos y subordinarlos. Se ha dicho con razón que no hay sínto-

mas patognomónicos. Un síntoma es un sonido aislado, monótono. Es una nota que puede anunciarnos una desarmonía y nada más. ¿Qué sucede con la angustia que acompaña a muchos síndromes mentales? Le dan a la enfermedad un colorido especial, una nota personal. No voy a detenerme en la angustia de los distímicos, los delirantes, los dementes, pero quiero detenerme un momento en la angustia melancólica, que es la angustia común, vista con vidrio de aumento y acompañada muchas veces de ideas delirantes. Habría que distinguir, en primer término, la ansiedad melancólica de la tristeza simple, del pesimismo, del aburrimiento. Existe en la depresión patológica un dolor moral indefinido, la idea de un peligro inevitable, la indecisión para defenderse de un mal imaginario. ¿Oué diferencia existe entre una ansiedad y una angustia? Sobre el fondo del dolor moral, en la ansiedad hay más espera y menos pesimismo. En la angustia el enfermo se siente vencido por anticipado. La ansiedad tiene tantos matices como individuos. A muchos se les puede encerrar en una fórmula general, pero hay otros que tienen una fórmula propia. Pensemos en estos matices afectivos: tristeza, timidez, melancolía, miedo, inercia. En algunos casos se suceden: ansiedad, temor, miedo, terror, desesperación. Se puede amar con timidez y con ardor, con ternura y desesperación, con sonrisas y con lágrimas. En un gran dolor moral nos inmovilizamos, nos doblamos y empequeñecemos. Parece que quisiéramos presentar menos cuerpo a las agresiones.

Brissaud ha dicho que la angustia silenciosa es "una meditación sobre la muerte". Recuerdo que en el anfiteatro de la antigua Facultad de Medicina existía un cuadro que representaba a un médico sentado frente a un enfermo, la cabeza apoyada sobre la mano. Era en realidad una meditación sobre la enfermedad y la muerte. Ese cuadro desapareció, como tantos otros de gran poder sugestivo. Descubrí después que estaba en la biblioteca de la Facultad de Medicina de París.

La constitución ansiosa es una modalidad de la constitución emotiva y ésta es simplemente un terreno que suele predominar en los espíritus muy sensibles. Debemos hacer un distinguo entre angustia y ansiedad. En la angustia hay más pesimismo y menos esperanza. En la ansiedad se vislumbra en cambio una salvación posible; en la an-

gustia hay más derrotismo y menos renunciamiento; en la angustia se espera la derrota y no se espera el consuelo.

Es natural que estos matices se borran y ambos estados se entreveran. Respecto a la angustia metafísica existen dos posiciones antagónicas: la angustia de Pascal que conduce a Dios; la angustia de Dostoiewsky que conduce a la Nada. La angustia de Pascal es la antesala para vislumbrar el destino divino; la de Dostoiewsky el preludeo del polvo, del total aniquilamiento.

Creemos que donde la angustia patológica asume caracteres más típicos es en la psicosis maníaco-depresiva. De las dos caras que presenta esta psicosis, es indudable que la depresiva es la más visible y evidente. No olvidemos que la psicosis maníaco-depresiva no es otra cosa que la constitución ciclotímica vista con vidrios de aumento. Las fisonomías de las dos caras son fundamentalmente antagónicas, pero sus grados de intensidad son variables. Las cuestiones de límites son aquí muy difíciles. Hay tristezas que ya han entrado en el territorio de la melancolía, como hay alegrías que han penetrado en la euforia patológica.

Es indudable que existen clasificaciones clínicas sin límites claros y posibles, donde se superponen o alternan síntomas y síndromes. No puede extrañarnos que un psiquiatra se pregunte en la evolución de una enfermedad de su pertenencia: ¿Dónde estamos en este camino? ¿Estamos en una zona neutra, gris, indefinida? ¿Estamos en un debilitamiento transitorio o en una demencia inicial? Una sintomatología ruidosa puede ser el prólogo de un derrumbe final o una "tormenta de verano", pasajera y sin estragos. El prurito de las clasificaciones prematuras tiene su origen en la inexperiencia y en el orgullo. La vanidad del diagnóstico clínico precoz, conduce a pronósticos sombríos y a terapéuticas contradictorias.

La angustia es una llave que puede abrir muchas puertas. La angustia de los melancólicos es monótona, invariable, fatigosa, desesperante. Tiene un fondo de pesimismo que la oscurece, pero algunas veces se sustituye por un optimismo inocente y cándido.

En la fase depresiva de la psicosis maníaco-depresiva no existe el miedo a la muerte. Hay deseo de la muerte como la única manera de huir de la vida. La historia de la literatura trae ejemplos de suicidios de hombres de letras perfectamente lúcidos y conscientes. Cansados de vivir.

El profesor Debenedetti ha distinguido tres formas capitales de la angustia que tienen importancia psiquiátrica. ¿Cuáles son esas tres formas de opresión vital, de miedo y de angustia independiente? De estas tres formas hay que eliminar las dos primeras. La opresión vital es más orgánica que psicológica; la segunda se constituye en una hipocondría crónica. Las clasificaciones excesivas son artificiales y en lugar de dividir para aclarar, dividen para oscurecer y confundir. Algunas veces significan estados diversos bajo una misma división y luego se les vuelve a dividir con apellidos distintos. La ciencia demuestra que todas las clasificaciones deben tenerse como provisionarias y que muchas veces es difícil llegar a una clasificación definitiva.

En muchos estados melancólicos la angustia es silenciosa y el espectador debe sospecharla. Sospecharla, para evitar un suicidio. La angustia para un melancólico es aceptada y justificada. La angustia de un paranoico es rechazada y rebatida. Séglas ha puntualizado en sus lecciones clínicas los caracteres específicos de esta angustia. *Primero*, es fija y autónoma. Las lamentaciones se repiten incesantemente. Hay un abismo muy profundo entre la novela de un melancólico y la novela de un perseguido. *Segundo*, la tristeza de un melancólico es pasiva y resignada. Si es delirante, el delirio es pobre y mal sistematizado. No se defiende, se acusa. *Tercero*, el dolor moral aparece en sus orígenes y es centrífugo. Existe una inadaptación vital y psicológica. El mal está en él y no en los otros. En los perseguidos el mal está en los otros y no en él. El suicidio es la defensa que se impone en la angustia melancólica. El homicidio suele ser el recurso del perseguido, anonadado por la injusticia.

¿Cómo nos curamos de la angustia? De las angustias comunes hay que buscar las causas para encontrar los remedios. Los tranquilizantes químicos se pueden encontrar en cualquier farmacia, pero son de acción transitoria. Para la angustia "originaria" el remedio está en la propia conciencia. En lo que se refiere a la psicoterapia, es la más difícil de todas las terapéuticas. No todos los médicos tienen éxito. Hay que ser más psicólogo que médico y más moralista que psicólogo. La transfusión en las almas es más delicada que la transfusión en la sangre. El arte de convencer, de rectificar, de conmover, se encuentra en la base del arte de consolar. Hay que saber "lo que hay

que decir" y lo que "no hay que decir". Se trata de rehacer en lo posible una mentalidad desviada. La constitución emotiva es muy difícil de equilibrar. Todas las vitaminas morales resultan muchas veces insuficientes. Tiene razón Logre cuando afirma que no se reforma una constitución psicopática. Se la atenúa, se la desvía, se la asocia, se la sustituye, pero no se la cura. Lo emotivo, lo paranoico, lo ciclotímico, lo perverso, nunca se extirpan del todo.

REFLEXIONES ÚLTIMAS

Después de este rápido análisis de la angustia en general y de la angustia "originaria", veamos las conclusiones en el orden psicológico y moral. La angustia general es un dolor moral que no es estéril y vano, como parece. Necesita un tiempo para dar frutos, frutos ácidos y dulces. Hay angustias superficiales y otras profundas. Las hay sombrías y las hay luminosas. No ahoga las grandes esperanzas y sólo las aplaza. Las angustias son "suspensos", útiles para reflexionar y para comprender. La angustia es el prólogo inevitable de las grandes pasiones. Tal vez lo mejor de ellas. Llevan como séquito muchos sentimientos que la siguen y no la pierden: la fe, la esperanza, el consuelo. No hay amor pequeño o grande, sin angustia previa. Es una diminuta campana de alarma que anuncia un riesgo, una desilusión o un triunfo. En el libro de nuestra vida hay muchas angustias que hay que sufrirlas y tolerarlas. La angustia es una notificación de lo que puede ser. No siempre es desolador y muchas veces complaciente. ¡Cuántas veces hemos explorado corazones llenos de cicatrices, testimonios silenciosos de angustias sufridas, superadas o vencidas!

Escuchemos las pequeñas campanas de alarma sin asombro y sin miedo. Toda angustia esconde una esperanza. Toda angustia esconde un consuelo.

Tres elementos integran una angustia total. Uno moral, otro psicológico y otro orgánico. El moral representa la pequeñez del hombre frente al mundo cósmico y la incógnita de su destino. El psicológico es el espasmo psíquico frente a la agresión sin causa o con motivo. El orgánico está representado por los posibles espasmos cardiovasculares o respiratorios que reducen nuestro territorio vital.

Si el árbol humano es fuertemente sacudido por una tempestad moral, no importa la tempestad que pone a prueba la fortaleza de las raíces. Debe permanecer en pie, con muchas ramas rotas, flores deshechas y frutos inmaduros. El árbol florecerá de nuevo con más vigor, más energía, más optimismo. El bosque es una lección vital de vida siempre renovada. Los árboles se agrupan para defenderse de los vientos adversos y huracanados y mantienen su tropismo positivo hacia la luz.

No rechazemos las angustias que el destino nos envía para poner a prueba nuestro valor moral. Recordemos que sin angustias previas no hay esperanza, no hay ilusión, no hay placer. Sin angustia no se puede vivir. La angustia es un fermento que necesita el alma para poder existir. Aceptemos sin desesperarnos la angustia existencial. Recordemos que Dante había condenado a los incrédulos y a los traidores a "no poder llorar". No poder llorar es el mayor de los tormentos. El llanto es una dulce sangría que disminuye la hipertensión afectiva. Es una descarga de lágrimas acumuladas durante un lapso nublado y triste. No seamos una estatua de mármol, que muere de frío. Para los creyentes la angustia es una prueba más o menos dolorosa, pero espiritualmente fecunda; para los indiferentes un accidente biológico sin contenido espiritual. Los verdaderos heroísmos son los del corazón y no los de la inteligencia. Prefiramos un hombre bueno a un hombre sabio. Entre Voltaire y Pascal vayamos con Pascal.